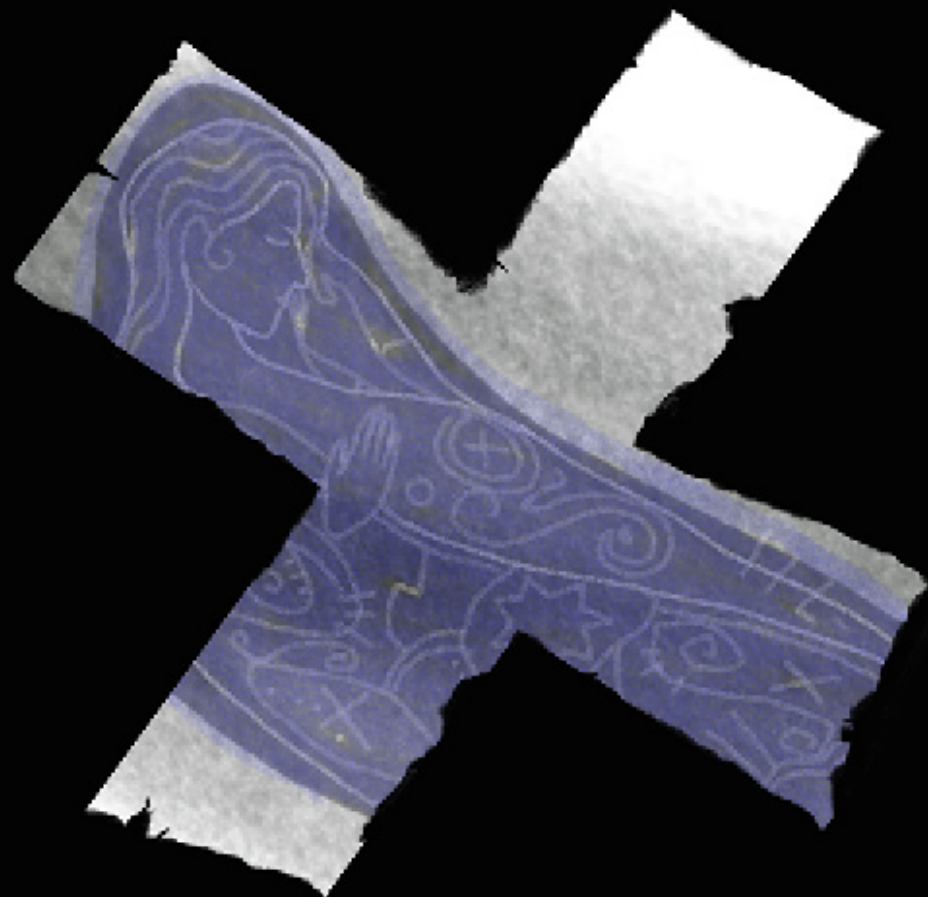


TACHAR DONDE DICE ~~BEATRIZ~~



EUGENIO CASTILLO

EUGENIO CASTILLO
TACHAR DONDE DICE BEATRIZ



CAMINO DEL CIEGO EDICIONES

Tachar donde dice Beatriz

© Eugenio Castillo Gil
Primera edición, diciembre 2014
Registro de Propiedad Intelectual: 247.962
ISBN: 978-956-8690-07-6

Edición general y dirección de arte: Cristián Fuica Carrasco.
Diseño y diagramación: Mauricio Alvarado Rebolledo.
Corrección de estilo: Julio Cid Báez.
Gestión y distribución: Pablo Pezo Muñoz.

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial
de la obra mediante cualquier sistema de
recuperación de información, sea mecánico,
electrónico, magnético, reprográfico o cualquier otro,
sin la autorización escrita del autor.

Camino del Ciego Ediciones
Condell 542 Los Ángeles de Chile.
www.caminodelciego.cl

Impreso en Dimacofi Negocios Avanzados S.A., Santiago de Chile.

¡Sé que tu perdón fue inmenso como el universo!

¡Pero yo existo todavía!

Lautréamont.



Tachar donde dice Beatriz

Al principio tuvo que haber sido una madre.

Con una muerte la vida me premian y lo que me era invisible, se torna transparente.

En cuna y sin errores, bajo una pobre luz de virgen que amenazó y cumplió con embarazarse, alumbrando como si a este pobre sol lo echaran a competir con las demás estrellas. Borrarr a Beatriz del recuerdo, fue para mí, dar con la segunda, la tercera, la cuarta vez de Cristo. Todo eso, hasta morir, hasta ganarme mi propio reflejo. A mis primeros meses me hubiese gustado haber dicho: Dios, para tentarla, y luego mi nombre con todos sus apellidos, para acusarla. Asco por la luz, lujo loco y susto obvio.

Tacho donde dice Beatriz y pongo Constanza en su lugar.

Los últimos serán los suicidas, luego, soy de los primeros.

Por la luz y su asco, por la locura y su lujo, por lo obvio del miedo. Cristo insistido. De demonios que empeoran se va a tratar. De apagarnos y prendernos. Los últimos serán los suicidas y que levite la sombra. Traigan al camello en bolsa y las partes buenas del perro, elegiré a mi padre y a mi alimento por su color. Los últimos serán los suicidas. Un sólo muerto, no cuento hasta dos, no me traigo mucho desde la verdad.

¡Mi madre se mató porque no quería esclavos, si hubiese querido hijos no se hubiese matado!

¡Está juzgada!, clama el demonio en todo su ronco derecho. Su más honda imprecación es pronunciar lo que pueden los labios de Dios.

Mi piedad por la mañana
Seis comienzos

I

Qué silencio blando, aromado y ciego se endurece, se ilumina y pierde su fragancia al pronunciarse la primera letra del alfabeto de la desesperación; letra cuyo sentido participa tanto al que lee la suerte como al que escribe el destino. ¡Ese viejo y querido diga “Aaah”, de los doctores!

¿Qué fuego que antes se combó en lo alto, como un rezo que amagara a Dios, se esconde en la diestra y aparece por la siniestra como queriendo ser leído? Porque a veces se dejan leer los fuegos, el orgullo de sus cabezas que pisan a veces se les hace poco.

Dejaré pasar la noche y escribiré por la mañana; que el cañón demuestre que puede partir el día por la mitad y, que a las nueve de la noche, nuestras diez campanadas den cuenta de que hemos sido todo este tiempo, invencibles.

II

El cielo es un pescado recostado sobre el mar y el sol de oriente es el ojo que le vemos de perfil. Si vaciáramos un tarro de tinta negra sobre una hoja cualquiera, el mundo entero se recogería contra ella, probando y juzgando sus colores en las orillas para que dejen avanzar al mejor.

Paso mi dedo pulgar por la hoja mojada, y me salgo con una higuera brotada y con los pajarillos cantores de sus ramas. Después, con ese mismo dedo estilando en tinta, voy al encuentro del suicida y de la sogá, en una esquina de la hoja. Lo que ama, lo que ama ha debido hacer agua del primer hombre, y cuando se encontró las manos por dentro de todo, ha debido llorar.

Y son acaso éstas las palabras del Juicio:

La carne reemplazará a la tierra.

III

Y las grietas de la cara hacen a la risa más allá de la cara y son púas en el tenso alambre que separa al sol del mar, cuyo margen no se traspasa, ni quemando, ni salpicando. Y yo digo que el mar traga y escupe su propio rostro, y que todo el mar no es más que un rostro. Y que tras ese continuo desfigurarse, que levanta tempestades y hace crujir embarcaciones, ¡pacta consigo mismo!, porque entonces, ¡con quién!, bañándose en luna o saboreándose con peces que no tiene la necesidad de consumir. ¿Le haría falta más cara, más sol? ¿Dónde, una mujer?, ¡dónde, una que haya sabido interponerse en la mirada de su niño, para que venga e interrumpa todo esto!, como yo lo haría si tocara con los ojos, llevándolo todo desde el diablo que es ninguno, hasta el Cristo, que es más de uno, como esos dientes de leche que caen sobre el plato de hormigas dando muerte blanca.

IV

Los muertos favoritos, el firmamento reducido a tela pero nunca a la dimensión de un jardín con sus hitos y senderos, los inaccesibles incluso para la envidia de Dios, lo que delicadamente abre el vientre, la casa quemada, el defecto al que le somos sinceros; el odio de Calígula, que al ser vertido en un minúsculo vaso no derramará ni una sola de sus sucias gotas, la calidad de la escritura, la obesidad de cientos de fuegos, el dedo que nos indica el grito, el diente suelto en la boca como un perdón.

Ésta es la serie del mal y si se sigue por ahí nos van a dar vuelta la cara a cachetadas.

Los ojos corriendo por el paisaje, el relámpago, la llegada de los ríos, el salto de la semilla dentro de la juguera; el pajarillo que igual nos canta aunque no nos acepte comida, el conteo profundo de números en el juego de las escondidas, la canción de fuego en el agua, dure lo que dure, el canto de mar en el sol, con nuestro permiso, la flor venida a la cara y alejada tanto como diera el brazo, la húmeda piedra que nos muestra su exclusivo lugar en el bosque, el animal bendito en su limpieza, una hora de aire, una hora de mar y su secado contra el tronco de una encina.

Ésta es la serie del bien; se intentó dar diversos ejemplos para al menos tres de nuestros cinco sentidos, cuidando de que se aprecien bien sus intersecciones. De seguir por esta senda nos veremos tomando aire a un costado de la boca de nuestra persona amada.

V

De antiguo se canta a la luna,
un ambiguo amor que no lleva personas.
Es necesario que empecemos a mirar para el lado.
Admiro a las hormigas,
ojalá le repasen el perímetro al sol en el juicio final.
Y al hombre, al hombre lo pondría en cuatro patas.

VI

Y muerto no desaparezco, ¡empequeñezco, empequeñezco! Se dijo una vez: el agua será lo que la copa. Concluyo que el mar es un collar interminable que será lucido en el cuello del tan bajado de cruces; ¡no concluyas eso! Andan los llantos cayendo por las mejillas de los vivos y no voy a concluir que el mar es un collar interminable que será lucido en el cuello del tan bajado de cruces. ¡A llorar, a confiar en los ojos, porque no se van tras las lágrimas!

El cielo de los suicidas queda más abajo y nuestra tierra santa aún más abajo. Tres primaveras florecidas porque el llanto celeste tiene más premio que el alivio, ¡porque el llanto de los suicidas tiene más premio que el alivio!

¡Háganse camino por dentro de sus madres y nazcan en la diferencia! No lo quiero decir, no quiero entrar a separar con una navaja la carne impeditiva. ¿No es eso morir?, ¿perros que engendran perros, contra corazones que no engendran corazones?, y que gusanos y ángeles se disputen los colores. Hacerle hoyos a la tierra, descender como un trámite de luz que no le hace asco a los infiernos. ¿Haría falta que yo naciera en esa usanza que predico? —a mi madre le hubiese botado los ojos con una luz que empuja— porque no hay muertos sucios, porque de la luz son la carnada.

Toda una madre, todo un mar para una ballena. Cargaré un palo de letra, lo que todavía es dibujo, con toda la evolución de mi odio, repasando ese palo, esa costilla ínfima, una y otra vez, con toda esa verticalidad, porque no me puedo equivocar. Así tiene que haber empezado Dios.

Seríamos familia

No me gusta ninguno de los lugares de este mundo. No estoy partido por la mitad. Soy un bolón de carne que no debe ser ingerido. Le temo a la muerte con un grandísimo talento. Me voy llevando a un orfanato, donde espero me fuercen a aprender lecciones de vida, lecciones de paciencia. Las pinzas que dicen que no, que no, ¡que no!, jalan los pelos de mi deseo y los enredan en las piernas de un niño recién nacido, que tal parece haber sido tragado por lianas, en las que monos que se coronan unos a otros con nieve, disfrutan.

Te prometo, niño, convidarte de mi comida, llevarte a países lejanos, regarte con los licores que elijo para las plantas con nula conciencia de mis actos y subirte la oreja a más de mil pies de altura, para que medites en tu conciencia el sonido del trueno y los crujidos de los moluscos que te voy a reventar apostólicamente en la frente una vez que hayamos posado los pies en el piso, ¡niño comedor de leones! Llorarás por culpa mía y de mi responsabilidad será tu consuelo. Te voy a liberar de las cáscaras de plátano, de todo el refrigerador que vacié en tu cuna, te voy a lavar toda la sangre de indio que te pintaba el pelo, te voy a mostrar a la madre de las abejas, para que la prefieras antes que a la que Dios te dio por madre, hermano mío, nuestra primera madre humana que se remató contra el piso, presa de un dolor que tanto se parecía a la verdad.

Y si en la complicación decimal le vendiese caro mi perdón, soplando animosamente en el fuego helado del

fantasma, imagen de mi desconfianza; vocalizando en número, todas las reverendas cosas con su terrible apellido: imagen, contorno, punto de luz, luna, punto de luz, cáncer, punto de luz. Todas las pinturas revolviéndose en el ojo, herencia de mi madre, subestimada por mi amor invencible; clavando en palabra, machacando en punto, en asqueroso signo. Todas las uniones, las reales uniones, como transparencias. La línea, que me separa el plato del hambre, la línea, que me separa a la luna, de la invocación al toro que la muge. Esa débil línea, esa cruza que se hace en la cabeza, de niño ya maduro calentándose el pie en el agua de la mujer; en la complicación decimal, ¡para no ver el punto dentro del punto dentro del punto! Así odio yo a este planeta... Y ya me vendrá la muerta a curar la tos en una noche de mayo, en la complicación decimal; recibiendo yo con mi cuerpo de casa egipcia, que ni trescientos esclavos modifican; a curarme la tos, cinco siglos antes de que el Señor se pusiese como cero. Por un pensamiento hecho carne de persona o por el sueño negro del astronauta; discrimino moléculas de pasado y pronuncio tu nombre como tatuaje en la montaña: Juana de Arco, en la complicación decimal, ¡como en una Juana de Arco! Por un pensamiento hecho carne de persona o por el sueño negro del astronauta. ¿En qué pedazo de cabeza me imaginaste el lustroso futuro?; ¿el amor mío que en cinco años más me dedicarán?; ¿el hijo de ojo oscuro, que a sus cuatro años jugará a nacer de nuevo con la mujer que me amará?; ¿la seguridad con que enterraré a mis mayores queridos?; ¿reprodujiste el dolor y la fuerza de caballería con que lo llevaré a calma?

En la complicación decimal, ¡a mi décima vez, en una Juana de Arco!, ¡como en una Juana de arco!, por un pensamiento hecho carne de persona o por el sueño negro del astronauta; por muy marítimos que me salgan criados los pollos; ¡lábrese por última vez el verde oscuro en el vestido de tu diablo aparecido!, y que tus cuerdas vocales den patadas de mula egoísta en la palabra cristiana, porque no quisiera yo que cuerda, loca, raza, número y gloria, me hostiguen, cuando le convido más madre a mi sufrimiento. ¡Ay!, ¡si por abrazarlo huiste de la posible cacería de mis afectos, por no tenerme toda la paciencia del mundo, trabo contra ti, madre mía, mi pequeña venganza, y clamo porque ése, tu Dios, haya sido forjado a mi imagen y semejanza!



A mi nombre

A mi nombre se le pone miga, se le pone paz, vendrán palomas, vendrán espadas, quizá qué más vendrá. ¿Sacrificar mi propio cuerpo para aplacar la furia entre enemigos? De todas maneras. ¿Sentir a la pregunta llegar con sus pisadas blanditas?, sí. Ya que ni nombre ni apellido le puse a mis extremidades, paso ahora, a apretarme con cinturones la carne, seré yo el primero al que se le ocurre apretarse con cinturones la carne, hasta quedar tullido. ¿Hay niños presentes? Hay tres, todos dispuestos a morir, todos con la idea fija de reemplazar a sus padres de tierra, por padres de cielo. Yo me cercenaba los miembros, a ellos les dolía la garganta. ¡Brazos de mi Dios cuerpo serán cogidos por otros brazos!, si es que tengo suerte. Soldados del cuerpo mío, soldados a quienes he repartido los pedazos de mi Dios cuerpo.

Los vi marchar sobre los prados, dispuestos a matarse en el mediodía, justo a la hora en que yo lo presido todo desde lo alto. No quería que se mataran, entonces me mutilé brazos y piernas, ¡y detuve la guerra! Puedo decir, sin falsa modestia, ¡que me apreté con cinturones la carne!

Cuatro primos, hijos de cuatro hermanas que se suicidaron en grupo; ¿sienten cómo llegan las culpas de mujeres por arriba y por abajo? No importó que se sinceraran pintando las letras rojas sobre un piso del color de la lengua, de todos modos, se les negó un mismo entierro. Cuatro primos, hijos de cuatro hermanas que se suicidaron en grupo, venidos de los cuatro puntos cardinales, como quien dijera cuatro tumbas; ¿quién deja que se maten?

El sol es un fuego redondo a cientos de miles de kilómetros, no puede ser acunado en los brazos. Un niño pequeño podría (no podría); un corazón de chanco sería llevado hacia una esquina. Cuatro soldados que podrían llegar a ser mejores que sus cuatro madres. El efecto es poderoso: ¿de dónde vino esta carne tan luchada? De mí. ¿Quién sintió este dolor? Acuérdense de mí.

Y detuve la guerra.

Se hubieran hecho añicos, sus madres se habían hecho añicos. Flotaron mis brazos en el aire leve, pesaban lo que una pluma, como una criatura que nace lista para ser abrazada; y detuve la guerra. ¿Puedo entrar en mi nombre como cuatro días en cuatro noches? ¿Puedo crear al número a partir de la costilla de una letra?, cuando lo presido todo desde lo alto con mi mirada de cielo caído. Todas las madres que pude pensar; es como si el Dios del cero se cayera cuatro veces y cuatro veces fuera recogido; como si esto quemara bien y mojara mal. ¿Hay niños presentes? Niños o hijos en Dios, niños o hijos en Dios. No se guardan cosas vivas en los bolsillos. ¡Es que ella no se acababa nunca! ¡Y yo aquí, con todos estos brazos y todas estas piernas! Enferma mujer, cepa de un hijo mejor, de un hijo mejor, ¡de un hijo mejor!

Tiempo

Sea lo que sea que Jesús tenga en su cara, por Dios que lo ayuda. Ay, tiempo inodoro, insonoro. ¿Qué caso tiene decir que me importas?, ¿que te he visto un ojo en la cumbre y el otro en el fondo del mar?

Te toqué la nariz, punta de lanza que se abre paso a través de la bestia para salir a respirar. Caminé por tu pecho, cubierta de un millón de buques unidos que dejarán al mar obsoleto. Abrí pájaros para buscar el esqueleto de tus manos. No me olvido, te sentaste sobre un niño y se lo tragó el infierno.

Tiempo, tiempo, tiempo. Nos abres el papel y nos haces dibujar en el pupitre. Tiempo, tiempo, tiempo. De verde en rojo, de rojo en amarillo, de amarillo en verde. Así somos los que no queremos ver más; después, desesperados, desesperados, nos suicidamos en el azul del cielo.

Tiempo, me llevo la herida hacia adentro. Tú y el amor de hombre se quedarán afuera. Acaso todo podría ser blanco y, nosotros, una sola cruz negra.

Dulce niño de pecho

Dulce niño de pecho,
defendiendo sus montes de los enemigos,
provocando envidia por aquí y por allá
y envidiando él mismo aquello que ama,
porque su seno amoroso podría ser sin él.
Si el temor es grande,
él mismo se divide y ya no irá sobre el pecho,
como quien busca personas en las personas,
será sólo boca, y su madre, sólo pecho,
todo lo demás se ha muerto.
Niño mío, si tuvieras razón,
no verías en la violencia la destrucción.

Justicia

A la justicia no le importa que hayas partido tal y cual cráneo,
le importas tú.

Ella, por su parte,
no se llama partidora de cráneos,
quiere ser llamada justicia
y quiere que tú te llames injusto.
Martillero del alto madero,
necesitamos que seas injusto.

La fuerza

La fuerza es enemiga de todos, sin excepción, incluso del que la ejerce. Se van moliendo las dentaduras por el pavimento, hasta que un Dios te avisa que estabas equivocado, que moviéndote repites y quieto te repiten.

La fuerza es el espectáculo de la maldad, no importa la mano que aguanta el martillo ni el cráneo roto, importa lo que ocurre entremedio.

La fuerza dice que a toda muerte le va implicado el morir. Es el negativo de todos los negativos, el enemigo primitivo; ojalá se le concedieran más minutos sobre la tierra.

La fuerza es el crimen contra uno mismo. Al que acepta la fuerza no le basta simplemente con morir, debe ser asesinado.

La fuerza se corta las propias piernas cuando ve a la cáfila de sus familiares desparramados por el pasto sin poder seguirle el paso.

La fuerza no quiere ser fuerza, quiere pedir perdón, pero perdonar a la fuerza es tan incómodo como perdonar a un niño.

El héroe

El héroe entiende que su vida vale menos que su empresa, y esto debe ser pensado sin el obstáculo de que la empresa valga poco. Para el que no se quiere lo suficiente, vestirse o tomar una taza de café podrían llegar a ser proezas. Mala debe ser una vida para que tenga sentido sacrificarla por otra vida.

El héroe, el padre, el inventor, dará su vida por sus creaciones. Pedazos de Cristo son las ovejas. La guerra auténtica la libran animales. En el Apocalipsis no morirán hombres.

El héroe muere por más. Vida creada vale más que vida vivida.

El héroe debe forzosamente conocer cuanto excede de la vida.

La moneda de la vida, se cobra con muerte. Para la vida alcanza con la muerte.

El héroe muere bien, porque hubiese podido vivir mejor. Al mártir, en cambio, le basta con no ser niño.

El héroe es ignoto, es fuerte, es excusa. Si por una hermosa ilusión del demonio, las plantas de lentas raíces se devolvieran por donde vinieron, habría cacería de lo que es más que la vida, habría infierno, porque seríamos profundos. Y sea acaso ésta la voluntad de los trasmundos; si la muerte nos quiere el alma y en su enseña, el héroe, el más pudiente nos dijo: morir es sueño y sueño es día; no sería acaso cuestión de vida o vida, preparar acciones con palabras y entonces preguntarnos lo más fuerte: ¡qué queremos nosotros de la muerte!

A quién

Al tiempo,
a los hermanitos ojos,
que no pueden verse como son,
pues deben siempre admirar a la madre.
A la madrastra espejo,
harto más sana al permitir que se tengan.

Al dulce niño de pecho,
sentido elemento del planeta tierra,
espíritu disuelto
que no se demora en la palabra
y que hará amores y agresiones
de todo cuanto perciba.

Se dirá que la luna está lejos,
pero es la palabra la que nos aleja más de la luna.
A la justicia,
porque no todos los Cristos nos merecen.
Y a la fuerza,
que parió una vez hacia arriba.

A la nada

La nada es siempre un nuevo alguien.

El algo, es aquel alguien antiguo.

I

Nada, tus diez kilos de maldad hacen al hijo que llevas en el vientre, y que si sale se mata y que por eso se mata.

Pero tú sufres distinto, no sufres lo que te dicen que tienes que sufrir. Más adentro, más, más adentro; eso es todo lo que hablas con esa boca tuya que es una herida de las buenas. Y yo te entiendo, cuerpo de maldad: de tus queridos puntos hicieron líneas, te forraron las manos con pan, y por ser incapaz de retener con cariño tuviste que renovar en nosotros tus partos insensibles.

En la otra raza, nosotros nos enamoramos de las cosas. Ay, cómo nos falta, y es que a todo le falta. Nos faltan vivos, nos faltan muertos, nos falta Espíritu y causa de dolor cuando nuestro propio cuerpo es comida. Odio por el latido en su millón. Odio por el día y la noche, por más que sea cada uno en cada ojo.

Nacido del vientre hacia la boca —Dios. Esta guagua invicta que es fauna del corazón. Pero tú eres porquería, tú no haces muerte de tu vida.

Que no seas más que un pensamiento retrocedido hasta ahí, hasta la emoción.

Es por la premonición del cosmos y su exceso, que dejamos quedita al alma, en un rincón.

II

Y entre todas nuestras oraciones, por toda angustia que dice: alcánzame; por toda agresión que dice: llévame, por todo placer que dice: quédate, hay una sola que te recuerda, que te repite y te tiene, y no es de muerte, porque la hierba de las tumbas es nuestro testimonio, nuestro mojado pañuelo, porque ante el cadáver con gusanos cesa el llanto y se recupera el ojo; porque el polvo es el sentido mismo, el eco de la escritura; éste es todo tu conjuro, estatua de costras, yo ya soy abuelo en un sueño:
“¡Se besarán, cómo se besarán!, pero no estarán besando lo mismo”.

Al suicidio

Irle a la muerte con la propia vida:
el suicidio,
de verdad que no lo comprendo.
Esa promesa de nunca más abrir los ojos,
como un león hundiéndose en una máscara.

A la abuela

Vieja, ¿buscabas enfermarte? Eso se puede pensar. Levántate, vieja, párate en tu cuna, reza por todos los rincones de tu pieza, búscate las rodillas con la cara y, ya que has llegado tan lejos, pégate después, hazte añicos; yo te sostengo si quieres hacer brotar sentimientos con tu cuchillo. Escúchame, vieja, tú eres persona; ¿pero uno quiere el hecho de tu muerte? Déjame que me conteste solo, siento que estoy ante una pregunta importante. Me acuerdo de las manzanas maduras que caen de los árboles.

Simplemente tu cuerpo en el cuerpo de tus nietos; querías entrar a como dé lugar. La tarde, la forma de los brazos, como hechos para tu tejido, ¿te acuerdas? Tú tejías para el rostro y el sol podía ir a tus espaldas.

Como sea, ¡el hombre regresaba de la luna con la cabeza gacha y yo te quería, semen abominado de abuela!
¡Hija de nadie, madre de nadie, dueña de todos!

No hay lugar

Gracias a Dios,
incluso ahí, donde ha obrado el ángel.
También los muertos llegaron tarde
y que los rezos vuelvan a mí,
pues no hay mayor humillación que existir.

Blasfemia

¡Que la muerte principie!,
el final del final,
que el Cristo sienta mitades,
¡que las cosas se partan por la mitad!
El comienzo de los siglos,
forzosamente en la mitad,
el gran Todo empezado, por la mitad.

Vean aquí al espíritu, doblado.
Se encuentra con su carne en el pasado.
Y aunque clame mi madre porque no sea verdad,
¡quiero al Cristo partido por la mitad!
¡No le iré a la muerte con toda mi vida!
¡Le digo: muere más, al que tan sólo moría!

Carta de un suicida

Yo caeré, yo me enterraré, haré al agudo brazo de Dios posible. El brazo de Dios es una larga uña. Los que quise se han muerto. Si en vez de morir hubiesen enloquecido, no sería un loco yo, no dejaría que me olieran el cuerpo. El sol no es el sol, es la luna; que nadie me escuche. La hierba bajo mis pies no sufre al ser pisada, pero yo la escucho decir: no me pises. No hay más grito que el del nacimiento. Sufro, me quiero matar, pero no hay más grito que el del nacimiento. Matarse, desear la muerte y la muerte; quisiera tenerlo todo. Para que no quepan dudas, yo mentiré. Para que me dejen solo, yo rezaré. Le haré todo tan difícil al ángel... Me rasparé la carne de los dedos y dejaré que bajen los anillos. Culpo al astronauta, me mato por el amor de una niña que vive plácida en el vientre materno. Me mato para que no me confunda. Culpo a todo quien lo pueda resistir. Llora, por supuesto que lo hago, pero vierto mi llanto en un vaso para demostrarme no haber llorado tanto.

¿Por qué me dejaron tantas veces solo con los cadáveres?, ¿no ven que ahora los conozco, que me los sé de memoria?

Esta vida no es para mí más que una buena razón, y yo ya no me quiero defender. No hay Cristo que venga solo, que deje empeñada su gloria, no hay Cristo que callando pierda en el gesto. ¿Tanto terror siento?, ¿tanto pánico a lo distinto? Esta noche me besaré, me tocaré donde nunca antes me he tocado. Así quiero que empiece mi muerte.

Al cantor

*Canto, canto, qué mal me sales
cuando tengo que cantar espanto...*

Víctor Jara.

Traigan a un hombre muerto,
¡ábralo!, encuentren felinas ratas en su pecho
y vengan a buscarme el llanto.
Canto, canto, qué mal me sales cuando tengo que cantar
espanto.
¡Y ese hombre santo, si la santidad es familia,
si es hacer feria con el amor y fingir un vuelo con saltos!
¡Ese hombre santo, se empeoró para poder morir!
¡Lo acribillaron, lo despedazaron!,
porque de otro modo, no cabía en la muerte.
Será que quiso ver defectos en la flor para abrazarla,
sin mucha excusa.
Será que recogió al ángel caído para cuidarlo
como animalito herido.
Canto, canto, qué mal me sales cuando tengo que cantar
espanto.
No te fundas odio en el pecado,
y pinta una pintura de guitarras.
Dejen que el asesino visite su tumba,
pues no hay justicia que merezca a Víctor Jara.

Al sol

No te apagues sol al primer crimen; hazlo después, mucho después, cuando esto sea un osario y las lápidas se prefieran oscuras.

Sé que quieres que te sobreviva, amado padre, pero me hiela la angustia de no poder enterrarte. Dime que tengo tres años, que hiervo en fiebre y no puedo enloquecer, que aún no me llegan todos los dientes, que lloré en mi rabieta lo que lloro ahora estando enfermo, que el amén hace venir a las vacas antes que a mí.

Dime sol, si como todo hijo iniciándose no me dibujé pequeño a tu lado. Y aunque no te pedí los brazos, sí te vi un rostro; puse mi risa en la tuya, me entrené pensando en que las piedras no sufren. Yo, que vivo un poco, que moriré un poco, imploro porque tu vida dure más que tu muerte. He sido un buen hijo, no ha habido día en que no haya abierto los ojos. No me sé morir, sin ti, no me sé morir.

No te apagues sol, hazlo después, mucho después, cuando esto sea un osario y las lápidas se prefieran oscuras. ¡No me des tres, dame el año de vida que te pido amado padre!, ¡súfreme tú! Las moscas se pasarán el secreto, los lobos van a comer y dormir en mí. No te apagues todavía. Hazlo después, mucho después, cuando esto sea un osario y las lápidas se prefieran oscuras. Porque tú eres el padre, y esta tierra, la cuna.

Si esto no es cierto

Ponle los ojos al demonio,
muere de muerte natural;
elige entre el mar y la montaña,
y elige bien, que para eso eres loca.
¿Mente o cuerpo?, eres loca.
¿Abrazo o beso?, eres loca.
¿Mi niñez o mi adultez?,
y en tu fuerte caída,
Dios te dijo: ¡esto es vida!
por última vez.
Si esto no es cierto,
juega con mis hijos.
Liviana y amable,
danos de comer,
y por la noche ponte linda para tu señor esposo
y espérame madre en el cielo,
amén, amén, amén.

Viernes santo

Y en tu día que celebra una muerte y no una enfermedad.
Por esta vida mía que es la preparación de un beso que se me dará al morir.
Por toda tu canción que me prefiere cansado, por ese sueño de sonido, por esa muerte.
Ya que tu majestad no quiere competirle al pájaro cantor, ¡ni a los hombres que se regalan diciendo amor!
Y una a una te fueron extrayendo las espinas, y antes de ponerte la preciosa corona, el Dios padre te extrajo el último pedazo de la última espina que te quedaba.
Por tu gracia de dos manos y un cuerpo,
por tu persona de mar en lo profundo del mar,
por tu sol fecundo que no se ha visto en el reflejo
y que si mira tanto a los niños es para poder brillar.
¡Hágase la voluntad de uno de tus días!
Parézcase este mundo a lo que dejaste ir.
Así como lindos sueños trozan amargas vidas,
bajo la agónica cruz hay que pedir.

En este día

En este día de frío intenso
voy a dibujar formas humanas pequeñas,
e indistintamente las iré llamando para mis adentros:
padre, madre, hijo y amigo de familia.
¿Se llamará imaginación a lo que sopla con energía las
nubes para sentir la gloria de su sol favorito?
¿Voy a considerarme para un beso en la boca?
Si un perro quisiera correr conmigo por la orilla de la
playa, le digo que sí.
Si una planta me pide que la salve, que la lleve lejos de este
planeta ingrato, le digo que no.

Pasar grandes trabajos o disgustos

Tu problema, mar, es ese azul que hace pensar en el cielo y en el azul. Nieve, ¡mantenida! Fuego, no te la puedes, no estás hecho a semejanza del cuerpo humano. Nieve, ¡idiota! Agua, ¿comenzada o terminada?, nunca se sabe bien contigo. Lluvia, quiero ver a ese desangrado, apuesto que la sangre que vierte no es suya, que ni siquiera es sangre. Sol, la vacuna que te corresponde te inventa un brazo. Sol, calculemos: habiendo más muertos que vivos, tú te enojas como triángulo y nos pones a todos a parir; te habita un toro rojo que come y caga en lo amarillo; doblas a la noche en tu orilla, a Dios le cuesta estirar esa sábana; escondes tras de ti a un cadáver para que su descendencia sea entrevistada. ¡El madero tiene derecho a girar alrededor de tu órbita como si fuera un planeta!; ¡ay sol, si te volvieran a decir!

Trueno, ¿por qué te casaste con el relámpago? Falso. Te duele a ti, y el otro no hace más que ponerse lindo para ir a dejar recado de tu dolor. Falso. O hace aspavientos de estar casado con un doloroso o tu sufrimiento es su excusa para salir de casa. Falso. Lluvia, son lágrimas de alegría, lo lloras todo, no digo que no, millones han muerto y han nacido, esas son lágrimas de alegría. Noche, en el día no eres ni la sombra de tu sombra de tu sombra, y en la noche oscura, en la tiniebla, noche, tú estás de más. ¿Luz?, de Dios para el ángel, en el día de su cumpleaños. Es triste que seas una cosa, estás simplemente afuera. Hoyo en el cuerpo, esmerada belleza del corazón trabajando, ¡hoyo en el corazón! El que escarba se hace más delgado, más ínfimo, más adecuado al agujero, lo aguantan sus manos, se cae en su cuerpo. ¡No permanezcamos en la ilusión del adentro!, se gana la conversación con decir: ¡afuera! ¡Un embarazo de 40 siglos! Es como sacar a la belleza de la luz, para que muera primero, es como sacar a la cría de su madre, para que muera primero.

Aparte, luz es pecar en la luz, ojos valen lo que mosca en el feto; el feto debiera decirle a la muerte: ¡obedece! ¿Luz?, más bien sombra que levita, y yo estoy por cambiar piel por tierra. ¿Luz?, ¡en mano! ¿Muerte?, se te pide más. Muerte, ¡estás en un error! ¿Corazón?, un habitante más en la cruz. ¿Alma?, línea. ¿Oro?, porque brilla. ¿Pesadilla?, los ojos se vengan si los cerramos. ¿Pecado?, una abreviatura. ¿Sol?, se trata de atreverse a reemplazarlo por algo. ¿Música?, ¡te vas castigada para dentro de los colores! ¿Estrella?, tu luz, tu fuego y tu posición, por lo demás danos las gracias. ¿Mal?, venido de parte del que todo lo posee, jamás del poseído. ¿Cristo?, ¡quiero todo, todo, todo lo que puedas decir acerca de ti mismo para así poder competir lealmente en beatitud! ¿Piedras, de esas que se patean?, fetos duros de madre dura. ¿Horror?, embalsamado, bien metido dentro de un chaleco andino, dedicarle pasantías de artesanos, ni enterrarlo ni cremarlo, quererle el cadáver. ¿Caridad?, ahí donde se acaba de perpetrar el milagro. Irle con caridad al que recuperó la vista, al que le volvió a subir la piel. Dos del fuego sobre esta tierra: hoguera y fogata. Dos del agua: río y mar, y mi punto queda consumado.

Una del Cristo: razóname este amor, y si se pudre, defiéndelo con cielo; pon tu gloria en el lugar del crimen y por lo que más quieras, regresa y llévame contigo. Una del genio: exijo, demando con todas mis fuerzas, es tal la maravilla de mi vida preguntada que el que responda tendrá que hacerme el favor de parecerse a mí. Si la madre es buena, no se quiere otra. Si el niño estira la trompita, entendemos, y nos pegamos los brazos al cuerpo, o sea, que le devolvemos el beso.

Amén de hombre en hombre

I

Al árbol que ya no puede más se le cuelgan los frutos caídos. Y la madre y su niño son pegados con cemento. Se cuenta hasta dos en mi rostro: dos ojos, para luego seguir contando en otra parte. Me han pintado la sombra, han salido corriendo; las bellezas son muchas y todas son de mi sexo.

II

¿Y la sombra seca? ¿Y el agua empecinada en cualquiera de sus formas contra la sombra seca? ¿Y el don de lo antiguo en el feto? ¿Si lo trastornara su sabiduría? ¿Si palpándose la débil piel del pecho se pusiera a decir: corazón, corazón, corazón!

Cierro los ojos e imagino lo oscuro y recuerdo lo oscuro. Le he dicho que no, yo lo mismo que él y entonces: ¡mátate! Que había espacio para más de uno, que con él te quería compartir, cruz.

III

Oh, brío único de catarata a la que se le permite ser en el sol.

Oh, demonio vestido en su negro con lunares blancos, siendo que Dios viste el blanco con lunares negros.

Primero dibujo y luego, en el mismo papel, un hombre, para acabar en hombre perverso.

Ustedes se juran el último amor en este momento de Juicio en que el sol viene a ocupar el lugar de la persona sobre la tierra.

Los locos, haciendo sus locuras, mientras se les ruega y se les muestra al hijo que se quiere abrazar.

Caen los pájaros por el peso de su nuevo color, están los océanos en furia, por no querer recibir a esos pájaros. A jirones se deshacen de sus peces, ellos quieren saber de hombre.

IV

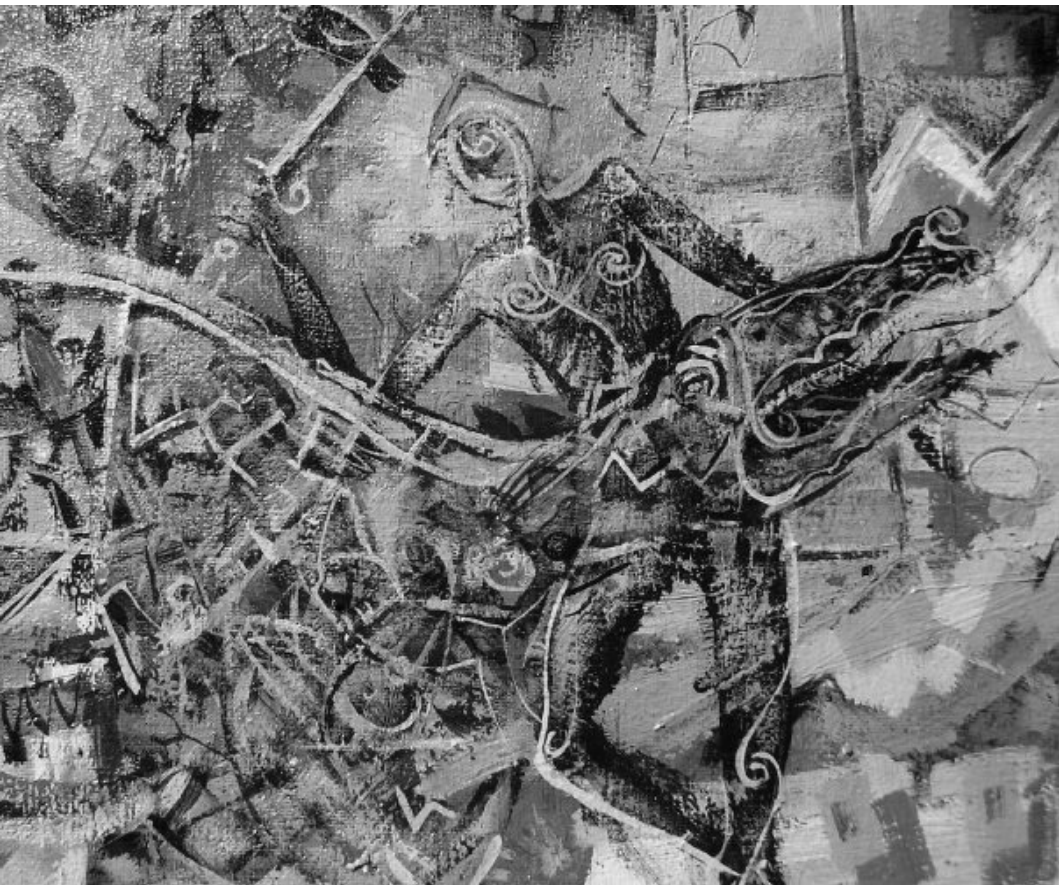
Es la fe cazada que en esta fase dirá: ¡Yo no lo quería así!
No puede ser el Cristo en las alturas, amasando en sus
manos una pequeña cruz; si quiere la quiebra y se la come,
y entonces, por qué quebrarla y comerla.

Las frentes de las personas están marcadas y ahí se puede
leer. Dicen infierno, algunas, otras dicen amor, otras
nostalgia, perdón, tijeras, Neptuno, mentira, cebo, cara,
muerte, y todas son el hoyo de sí mismas, sufren parecido;
se las comen por cara. Y mi hija, tiene marcada la palabra
“desayuno”, ¡y yo quisiera algo distinto para ella! El de la
nube, comido por cara, el de la esperanza, elegido por un
animal que lo acechará donde quiera que se esconda, tanto
como dure el Apocalipsis. Al de la palabra niño lo engordan
con sus partes bajas. Fírmese con espanto, espanto que no
nos deja ser. En cambio el dolor de madre, por ejemplo,
siempre dice: llévame.

Añoranza de la estrella

Por un hechizo que dejó a su brujo postrado para siempre, cayó sobre nuestro ojo humano la maldición de ser estrella y de ser inmensa; y de tener los cinco ingentes cachos que sabemos dibujar terminados en pupilas, permaneciendo el resto de nuestro cuerpo inalterado. Abajo se pasea el Dios hombre, y qué delicia verlo hombre y apreciar todos sus movimientos. Sentimos que ahora es él el que vive por nosotros. Que coma, que camine, que duerma, sin la constelación nuestra en su rostro. ¡Silencio! Le habla a alguno de sus animales, no me cabe duda alguna de que son sus animales. Vuela y camina, paloma, vuela y camina. ¡Encímale, toro, por nuestra vida que te deja vivo! Eso pensamos; que te dejará vivo. Un balazo en tu frente, ¡cosa de hombres! Una estaca en tu lomo, ¡cosa de hombres! Ir en búsqueda del trapo en esas corridas famosas, no sabes cómo te comprendemos. Somos estrellas echadas a la suerte de un Cristo de dos metros en una pura función de muerte; es tan frustrante como juntar a la chinche con el corazón. ¡Oh, si se nos diera eso de caer en picada, con toda la quema y el aplastamiento, contra el nuevo madero levantado y el Cristo solo, en esta segunda versión de la crucifixión recreada para animales, bichos y plantas! ¡Oh, descansado el engendro que le tiene paciencia a Dios! ¡Oh, pájaros altivos que surcan los aires sin que los trasnochen los aviones y que no se comparan con Dios el pico! ¡Oh, seres últimos de la creación, los más sanos, los más ricos; los que se han librado de toda fe; los que intuyen en Dios la desventaja de lo distinto! Si a nosotros estrellas de la fría esperanza, se nos hiciera el regalo de ser lo que fuimos, a nada le pondríamos nombre, y no nos sentaríamos sino para

morir; haríamos prelude de nuestros besos con sonidos extraños, y sin importar donde estuviéramos, iríamos a llorar en una misma fuente. Primero, nos tendríamos que decir mentiras, pero más tarde, todo sería verdad. Y el día en que no tengamos remedio, nos va a tener a nosotros. Y la pregunta ingenua de nuestros niños, esa que se quiere con las espaldas de las estrellas, la responderemos sinceros: Poco se sabe del firmamento; que se tragaba los pecados, que alguna vez fue remoto, y que ahora por fin, nos mejora los ojos.



Humanidad de cariño todo repetitivo

Luna, ¿mano de dos palmas que se empuña?

¿Orificio en el espejo?

Hoy le salió un cuerno, hoy no podría llamarse luna. Hoy dejó de escribirse con el único hombre al que mal quiso sobre la tierra; uno que caminaba, igual que nosotros. Ella se obligaba con odio, aquel otro, tan sólo ensalivaba el sobre de la carta que le escribían los desprecios. Ya no se llama luna, se llama luna y algo más. Se llama luna en su cuerno nuevo que no se quiere a sí misma mientras pelea. ¡Y es que si visitamos los lugares de los ojos, llegamos tarde, siempre tarde!

La humanidad de cariño todo repetitivo, la que tiene su centro de operaciones en el corazón de una nutria, empuja la cabeza y queda insatisfecha. Esto, ¿desde que ascendemos en una sola alma prisionera en el Dios!, desde que quemamos basura.

La humanidad de cariño todo repetitivo, la que en el decir amor jamás descuida la pronunciación, fija los ojos en el firmamento estrellado y lo encuentra excesivo. Esto, desde que el alma puede en la muerte, desde que la poesía de alto vuelo cae encima de pájaro, encima de pájaro, encima de pájaro, hasta no caer.

La humanidad de cariño todo repetitivo, verá en Dios la esquina. La humanidad de cariño todo repetitivo, la que cuenta hasta cien mil millones cuando llueven los cielos, me ha dicho: Ni le darás al niño en la cara con el envión de una estrella, ni le mostrarás la mano quemada por resistir estrellas.

La humanidad de cariño todo repetitivo no deja que nada me envejezca en los brazos, ni un niño siquiera. ¡Piensa en mí! ¡Oh, desgracia de lo que se ha dicho antes y fortuna de lo que se dice ahora!, ¡tú nada más piensa en mí!

Amor, amor, amor, amor, y eso está bien, pero quisiera ser interrumpido por un beso.

Consejos

I

Aquí, conmigo, según hablara el corazón. Allá, en el pensamiento, más allá, en el alma. De noche, cuando el frío, canta el buen sentimiento, pero —y esto, que me lo quieran—, si bien nada es tan bueno como el sol (porque su cabeza echa rayos, echa almas, y porque se crucificaría para siempre si no se quemara para siempre), nada es inferior a una vieja y querida palabra; o sea, no crecen nuevos odios, nuevas heridas, nuevas vejaciones, desde nuevas palabras. Entonces: no maldigas si no quieres obedecer y no mastiques más de la cuenta.

II

¡Hágase la música primero que la voz!

¡Y el amor confeso antes que el famoso corazón!

Y éstos son los verbos:

Bailar en la tierra lo que suena en el infierno,

ensayar aires y comidas, besar y jurar,

jugar a nacer; exagerar la voluntad,

pecar, volverse negro y forrarse en un perdón de todos los colores.

III

Dime si nuestras sombras se parecen,

dime si no te pone contento,

dime si no te dice algo de Dios

el negro unido del firmamento.

IV

Y lo deajo hasta aquí:

Tan cierto como que moriré algún día,

es que le dejaré a la tierra mi cadáver.

A esto le llamo: saber dar las gracias.

Otra trampa

Hombres y dioses, deciden.

Locos y demonios, solamente quieren.



Locura

Locura es pronunciar maternidad con rapidez y desesperación, con lentitud. Ahí el principio, que es un ojo, se introduce en el final, que es una boca. Locura es despedirse del cuerpo con besos complicados, es traicionar con la propia muerte. Locura es tocar techo en una golondrina. Locura suelta sus gritos, porque las palabras demoran mucho. En locura son las aguas del río retrasadas, ¡las enamoradas! En locura hay mares que se recogen para no volver a ser pisados.

Esto dice la locura: ¡no trabajaré nunca! Vuelve en ti, orgullo de todos los días, ¡porque comer es tu trabajo!

Hay locura en las tres maneras de un “para siempre”: la nacida, la no suicida y la suicida; son locura los cinco dedos de la mano. Por locura, el triunfo de la raza se celebra orando ante la tumba del padre, de la madre y del hijo. Por locura cada pobre entierra a un rico en su nuevo jardín.

Por la locura nos hacemos ínfimos para así poder entrar en todas las cosas. Por la locura la belleza se lo debe todo a la luz.

La leche es negra y el agua hiede, en la locura.

Besamos a nuestra madre como a una hermanita, en la locura.

Se llega primero para poder esperar, en la locura.

Hay ojos intrusos para los muertos donde manda la locura. La locura nada arriesga cuando pide el perdón, sino que lo asegura en el oído de un niño. Hace que percibamos los márgenes del sueño y que dormir sea como entrar en una iglesia. Salva al sol y a la luna de sus dioses, a las cosas de sus palabras y al rezo de su verdad, quien no está corroído por la locura.

Mentiras

E de sangre en río, de todos los que sangraron para que tuvieras tu río. *S* de la verdadera sangre, a la que se le obsequia un cuerpo para que le respete la forma. Tu sombra, tu sombra es el pantano en el que hundimos las presas que arrojamos hacia atrás; pienso en la tumba expuesta que el hombre erguido ensombrecerá. Son tus hijos heridos, lo primero es mostrarlos al sol, lo segundo es curarlos. Es que les duele de cerca, son flores distintas, pero siamesas, si lo sano fuese primero que lo santo, al milagro seguiría un estruendoso aplauso. ¿Por qué no unimos las cunas? En los cementerios las tumbas comparten un mismo jardín. ¿Es que el alma no madura y extensiva es la inocencia del que vive feliz?

J de juego, *A* de locura y alegría, ella besaba su alimento y después se lo comía. *B* larga, como una música larga, vivido y vivido dolor bajo la lluvia que aplasta. ¿A quién le hablo? ¿Al dolor de su ausencia, al pasado silente, al amor de presencia, a la meta de muerte?

Le hablo a la que trataba sus rezos como canciones, a la que dibujaba raros los corazones. De panes y agua para su surgir de palomas, y siempre se terminaba riendo en el mismo idioma.

I griega de sangre, corazón aprende. Su suicidio fue un error y las plantas no sienten.

Perdón

Tal vez Dios perdone por amor al arte
el alucinado suicidio de la que fue mi madre.
Aunque llevaba en su vientre mi olor de nacido
se reventó el cuerpo, como si no fuese mío.
¡Qué daría yo por perdonar lo poco!
Un sombrero vacío,
una trenza mal hecha,
una horca de bufandas
cuando hace calor.
Pero aquí estoy yo, perdonándolo todo
que no es otra cosa que pedirme perdón.
Perdonar a quien mojara su pan en mi llanto,
a la que se sabe el número de mi alegría,
a la que mal me puso nombre de santo,
a la que se dejó tratar como una simple tía,
a la que memorizó su sueño y que al dañarme, lo vivió;
a la que me dejó mediando entra ella y Dios,
a la que llevó a su hijo a verla volar,
a la muerte peleada con el verbo, imitar.

Belleza

La belleza ha sido confinada en este mundo para contestar preguntas, sin más lenguaje que su cuerpo. Como ciega, nos lleva tierna en el vientre, y como sorda, al leernos los labios, lee beso.

La mujer que nos sonrío en la ventana como por juramento, la senda brillando en el mar (eso o el cuerpo humano), el sol del mediodía que se convida y al ponerse en el mar lo reclama todo para sí y luego lo devuelve todo en un juego de colores que no da risa; las respetuosas lágrimas de la nostalgia; el pobre que se sienta a la mesa con un peinado de caballero y que come con lentitud; la música que nos es prestada y que se vende con precio de cuerpo; y en general, todo lo que no es parecido, sino idéntico —como si el nombre del río sonara igual que el río—; trastoca al hombre, y nuestra pregunta, es curiosa pregunta, es un decir: belleza, ¿por qué me respondes?

Y sí, la belleza es el comienzo de lo terrible y la muerte es su ultimación. Un terror sin nombre a que nuestros seres amados escriban con mano propia sobre nuestras lápidas. Terror a nunca más cicatrizar. Terror a presentir al bicho negro dentro del azul, a que tiemblen las cordilleras, a beberse el vino como sangre, al desierto de nieve, a las plantas alienadas, a la desventaja de la piedra, polvo, paja y luz.

¡Terror de que a la hierba que seremos la soplen por milenios!

¡Y al ver la azul inmensidad!

¡Terror de que la muerte nos dé hermosura y no nos dé bondad!

El niño llora

El niño llora mientras sus padres pelean. Es niño en todo. El padre es el último en gritar, la madre es la última en decir. Es niño en todo. Se trataron mal, muy mal. En todo caso, si hago memoria, al hombre nunca lo coronaron padre, pero la mujer fue madre para la aurora, para la luz y para el insecto entrometido. Y había dos en el ojo de Jesús, siempre el pesebre estaba descornado, con trenes de juguete, con velas de cereza. Esa noche, luego de la pelea, el hombre pegó un portazo y se fue con vida.

El niño siguió llorando sus vocales. Fue linda la versión de un beso que conjuró el espanto, el beso cinco mil millones, me gusta llamarlo. Te llevan niño, esto no para en morir. Si quieres arrancar, tendrás que dormir. Sólo si quieres.

La madre se acostaría con él, le acercaría el pelo para que se lo enrularan con los deditos, le susurraría canciones dulces y lo más probable es que le hayan hecho magia, pues se quedó dormida antes que su niño.

Y ahí está el niño, con los ojos abiertos, los brazos de su madre dormida, le caen livianos. Qué linda fue esa versión del beso que conjuró el espanto. El beso cinco mil millones, me gusta llamarlo. Era de noche y los niños viven de día. Le habían enseñado a rezar. ¿Arropadito con ella en una cama? Aquí rezar es traicionar.

Al amor constante al cielo aprendido de memoria

¡Es una melodía! ¿Qué no la ves? ¡Un corazón en los pies, una gota de fuego!

¡Tengo sed, tanta sed! ¡Y cuánta sed más es que todavía me debo! Saben las gentes cómo por fin acabar conmigo, una de sus manos me daña, la otra, la sostiene.

Estoy triste, hazme bien, llora conmigo, pero por ti. Esto solamente me entristece, sólo esto te entristece. ¿Vas a cerrar los ojos y abrir una boca tremenda? Esa alma tuya se colorea pasando la lengua por los dientes, empero, tu carne no puede comerse, no dejarás que nadie lo haga, ¿no es cierto?, ¿no es dulcemente cierto?

¿Cuando caminas detrás de mí, caminas hacia atrás? ¿Tengo que imaginar el tamaño de tu corazón? ¿Pueden las palabras conseguirse el terror?, ¿puede una cara hacerse de la brutal alegría?, ¿lo pueden, lo pueden? Tú lo sabes, ¿no es cierto?, ¿no es dulcemente cierto?

Mi amor ha admitido cuatro niveles de textura, con el tiempo, sólo podrá admitir un quinto.

¡Dime por favor! ¿Todos cabemos en el Dios?, ¿cabe alguien más aún? A mi Dios siempre le faltará y él quiere que a mí me baste. Este cielo está eximido de asombro. No fue hecho para mí y es enteramente mío. No es siquiera sideralmente grande. Es tan claro que ahí no se puede ver. Si te cruzas al diablo, no lo reconoces; si corres, no puedes volar. Te nombrarán tanto, tanto te querrán, que existirás apenas.

A Pablo

En caso de que el mundo estuviese poblado
por dos personas
y le concediéramos únicamente a las personas
la capacidad de constituirse en compañía.

De modo que cuando una persona caminara toda su playa
con un buen perro, se dirá de ella que está caminando sola.

Y yo me jurara a mí mismo de buena conciencia
que no estoy solo.

Yo no estaría solo,
sino que tú tendrías que estar forzosamente conmigo.

Al niño que duerme apaciblemente en la cueva y que le reacciona a lo que queda de mí

Cuando las enfermedades den con la cuadratura de mi propio corazón,
cuando mi garganta reciba al famoso pescado salido de las botellas carísimas,
cuando confinen mi cuerpo a la pieza enana donde los helicópteros ensayan sus hélices,
o cuando me boten debajo de las alfombras en cuyos pelos descansan las colosales embarcaciones que han esperado al mar por horas de horas,
no me faltará jibaró que agrande la molécula de mi felicidad,
ni hacha que suavice la mano que me dio garrotazos,
ni niño, que muy escapado de su cama,
luego de un trote cómodo que lo dejare en la cueva de mis fantásticos pájaros criados,
se dejase caer en los puentes levadizos que los animalitos construyeran con sus dientes,
y en una casualidad de oído, que no iría a molestar por ello a una mentalidad, pero que se secretea sí, impúdicamente,
con las demás partes del cuerpo,
hasta que bien metidas en la noche, todas juntas,
en un último esfuerzo de carne, sangre y movimiento,
lograban poner a esa magna boca de niño en mi contra,
y así acabare, abriéndole su bostezo,
a la declamación profunda, de verso respetuosísimo,
que de mi gloria hiciera mi fantasma.

A mi muerte

Subirle el saco de piedras a los hombros,
decirle que no es la primera vez que me matan,
dividirme por un número querido,
bautizo, galaxia,
el rugido por el rugido,
el rugido por la amenaza.
El cuerpo empieza por la punta de los pies,
el fuego pisa,
primero soy yo,
luego cunde la hoguera,
con mucho cuidado de no quemarse se construye la casa.
A lo que me mata, le llamaré Diablo;
será porque nunca me importó,
para poder ser entendido me encomendaré al Cristo;
¿quién más se atreve a llamarse amor?
Comprenderé que debo morir de noche,
y aún distinguiendo a esos hombres y mujeres,
llorando allá abajo en lo oscuro,
le iré llamando madre a todo lo que se mueva...
Hago a la vida responsable,
la dejo un rato sola con mi amor,
le digo: ¡fuiste tú!
Y como no pienso en estar loco,
y sin que me duela mi verdad
agradezco, agradezco el hecho de que a mí, como a todos,
me sea permitido morir en parte,
dejando vivo todo lo demás.

Suicidio

Y el florido árbol, si no se piensa en mamá.
Y el crecido río, si no se piensa en mamá.
Nada más ver al hijo azul,
tan hijo de mi hijo y que se quiere matar.
No se llama muerte,
porque me tratan el cadáver como si estuviese vivo.
Los ojos no se cierran conmigo.
La mano de mi madre es conducida por la mano de mi padre a
través de mi cabeza aplanada.
¿Quién acaricia a quién?, pregunto,
con menos dolor que el que ocupé para matarme.
Y mis parados hermanos juntan agua,
¡qué agua!, ¡lágrimas!,
y me las tiran encima para acallar esa voz interior que les dice:
Este dolor es suyo, que no se los quiten las bocinas de los autos.
Ay, agonía, agonía, déjame ser cobarde hoy día,
que mañana seré valiente.
Mañana seré un fantasma valiente.
Todo tan real como ir a defecar por otro.
Yo no me voy a matar.

A Constanza

Una vez me apreté fuerte el pecho, como en bolsa, como saliéndome, y le dije (porque ella todavía me escucha): suicídate aquí, no allá. Esa es palabra mía.

El fuera abajo de toda madre. La cara fuerte contra el piso. ¡Lo que este mundo nos convida de tierra!

El mar no se pone malo sólo por hacerle bien al suicida.

Yo te quiero y nunca, a mí me duele y siempre.

Me aprieto el cuello: suicídate aquí.

Lágrimas (píntalas tú, pero que se entienda llorar) bien afiladas por el hacer de los párpados, y que herirán y harán la guerra en mi cara, porque de este dolor no salgo sino por otro.

Así se remata el cuerpo de la muerta, con el bicho, con el llanto, con la pasión de todo mono.

Y por haberte ido te robaron la luna, y al niño al que lo orillan los rezos, también te lo robaron.

Se le estiran los brazos, ¿no lo sabías?

Él sabrá abrazarnos a su turno.

Si con la esperanza de toda una vida no nos elige, entonces Dios no es un niño, sino un hombre.

¿Te queda claro que todavía nazco de ti? Cientos de veces.

¿Que tu hoyo en la tierra se hace conmigo?

Mi cuerpo, te pido permiso para llamarle: mi cuerpo.

Nos doy cinco mil años, mamá, hasta que le llame madre también a las piedras.

La música

¡Sonar y sonar!, ¡esa es la cuestión! La música conmueve al caracol, prende las antenas, intenta percibir a su familia en esos colores. El canto, a diferencia de la escritura, permite que toda existencia, incluso los animalitos más pequeños, intruseen en los sentidos que alternan los hombres. ¡Hay que ver cómo en el pasado nos vimos poderosos asumiendo tan grande desafío!, cuando, en mitad de los trágicos coros, llegaba el león con su rugido a discutir lo que era importante.

Tal vez nos pareceríamos más al mundo y, por no ver palabras, estaríamos más solos con la luna. Tal vez un rayo del sol pleno nos cortejaría los ojos, y así quisiéramos abrirlos y qué con él se fueran, y regresaran a nosotros llenos de hermosas historias.

Tal vez seríamos más confiados, más apegados al cuerpo, más cumplidores con la muerte, más evidentes para la luz y más exigentes con Dios.

Vivo tan débilmente

Vivo tan débilmente.
A varios cuerpos del pecado.
Como una pintura hermosa en la que descanso la frente.
Vivo tan débilmente,
conmigo se hizo justicia cuando me crecieron los dientes.
Tantos y tantos deseos no acometidos.
¡Río arriba!, digo, desde el mar.
Con mi cuerpo separado por lo falso y verdadero.
Haciendo memoria de lo que fue mi sangre
la vez que me hirieron.
No veré la cruz hasta que la siembren.
Vivo tan débilmente,
que pasado y futuro se disputan mi presente.
Diciéndole al camino: hasta donde yo te vea.
Sin invitar al cuerpo adonde van mis ideas.
Sí que vivo débilmente.
Me he contado entre las filas de los que resisten,
pero eso no es lo que quiero para una existencia libre.
La verdadera voluntad sólo es soberana
en cuanto sabe esclavizar a lo que más ama.
Amo de lo que no querría dañar.
Y con mi muerte, liberar.

La memoria

Nosotros, nuevos; nosotros, desmemoriados.
Arranquemos la página donde se escribe:
hija, y pongámosla junto al retrato de Dios.
Cuando gato vale lo que perro,
cuando pétalo vale lo que flor,
sin la dulce memoria que sacrifica un estornudo cualquiera
por la primera vez del pan y del amor.
Le hice la pregunta a un hombre por su nombre:
¿Puedo llamarte padre?
Y él a mí: Sí, hijo. ¡Corrijo!: ¡Sí, y mi nombre!
¡Oh mi bien y mi bello, cuando la realidad me cuida para que no
la invente!
Nosotros, los desmemoriados,
mandamos a duras penas.
Recién llegados a una mariposa,
recién llegados al beso de nuestras esposas.
Por mí, contaría los copos de aire que traficamos con las plantas,
tener al mundo ahí, entretenido con esos amores.
Y aunque quiera estar en lo bueno,
yo no volvería a vivir lo mismo.
No haré pasado desde el futuro, en el que plazco muerto.
¿De una mosca ver al ángel, omitiendo la fase de persona?
Prefiero decir: Yo soy, después de escuchar una canción.
Y hacer con el pasado de conchas un presente de collares,
hacerlo por la memoria, de algún modo,
¡colaborar! y que lo espantoso sea en el recuerdo,
un número aventajado, ¡uno enorme!,
de esos de dilatada importancia.

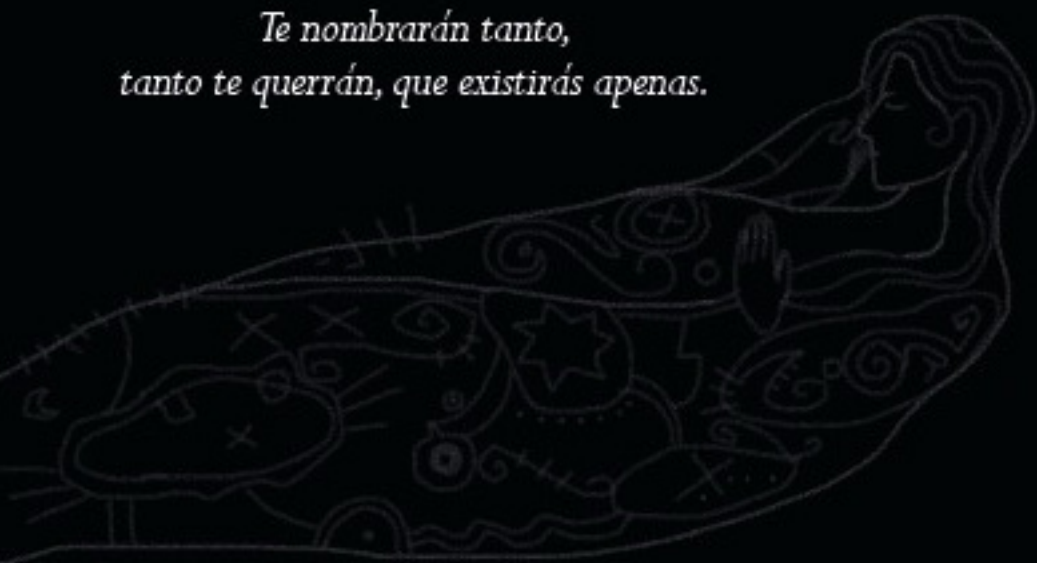
Así, el eterno retorno de las cosas
nos hace una pregunta fechada a dos millones de momentos
contados hacia atrás desde el día de nuestra muerte:
hombre, tú, que llevas por dentro la caída;
¿De qué te quieres acordar?

ÍNDICE

Tachar donde dice Beatriz	7
Mi piedad por la mañana Seis comienzos	8
Seríamos familia	15
A mi nombre	18
Tiempo	20
Dulce niño de pecho	21
Justicia	22
La fuerza	23
El héroe	24
A quién	25
A la nada	26
Al suicidio	28
A la abuela	29
No hay lugar	30
Blasfemia	31
Carta de un suicida	32
Al cantor	33
Al sol	34
Si esto no es cierto	35
Viernes santo	36
En este día	37

Pasar grandes trabajos o disgustos	38
Amén de hombre en hombre	40
Añoranza de la estrella	42
Humanidad de cariño todo repetitivo	44
Consejos	45
Otra trampa	46
Locura	47
Mentiras	48
Perdón	49
Belleza	50
El niño llora	51
Al amor constante al cielo aprendido de memoria	52
A Pablo	53
Al niño que duerme apaciblemente en la cueva y que le reacciona a lo que queda de mí	54
A mi muerte	55
Suicidio	56
A Constanza	57
La música	58
Vivo tan débilmente	59
La memoria	60

*Te nombrarán tanto,
tanto te querrán, que existirás apenas.*



ISBN: 978-956-8690-07-6



CENTRO DEL LIBRO ECUATORIANO